

# LA MARCHA RADEZKY

JOSEPH ROTH

# LA MARCHA RADETZKY

Traducción de Arturo Quintana



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado

Título original: *Radetzky marsch*

Diseño de la colección Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

Primera edición: enero de 2011  
Cuarta reimpresión: julio de 2017

© 1975, 1982, by Verlag Allert de Lange, Amsterdam  
& Kiepenheuer & Witsch Verlag, Köln  
© de la traducción: Arturo Quintana, 1989, 2002  
© de la presente edición: Edhasa, 2011

Diputación, 262, 2<sup>o</sup>1<sup>a</sup>

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2<sup>o</sup> piso, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

ISBN: 978-84-350-1891-3

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso por CPI (Barcelona)

Depósito legal: B 4.016-2012

Impreso en España

# PRIMERA PARTE

## CAPÍTULO UNO

Los Trotta no eran de antiguo linaje. El fundador de la dinastía había obtenido el título de noble después de la batalla de Solferino. Era esloveno. Fue nombrado señor de Sipolje, ya que así se llamaba el lugar de donde era oriundo. El destino le había escogido para una hazaña especial. Pero él procuró que los tiempos venideros se olvidaran de su persona.

En la batalla de Solferino se hallaba como teniente de infantería al mando de una sección. El combate se prolongaba desde hacía media hora. Trotta veía, a tres pasos frente a él, las blancas espaldas de sus soldados. La primera fila de la sección estaba rodilla en tierra; la segunda, a pie firme detrás. Todos estaban contentos y seguros de la victoria. Habían comido bien y se les había repartido aguardiente, en honor y a cuenta del emperador, quien desde el día anterior se hallaba en el frente. De vez en cuando se producía una baja en las filas. Trotta ocupaba rápidamente el vacío producido y disparaba con los fusiles abandonados de los muertos y los heridos. Daba órdenes para cerrar más las filas y cubrir los huecos u ordenaba que se desplegaran y observaba con ojo avizor el horizonte pres-

tando atención al menor ruido. En medio de las descargas de la fusilería, su oído, muy sensible, distinguía las voces de mando, claras y escuetas, del capitán. Con su mirada penetrante atravesaba la niebla gris azulada de las líneas enemigas. Nunca tiraba sin apuntar, y todos sus disparos daban en el blanco. La tropa advertía las acciones y la mirada del teniente, oían sus órdenes y se sentían seguros.

El enemigo dejó de disparar. A todo lo largo del frente corrió la voz de «¡Alto el fuego!». Todavía se oía algún chasquido de los cerrojos o un disparo tardío y solitario. Había claros ya en la niebla gris azulada entre los frentes. De repente se encontraron sumidos en el calor del mediodía, que les llegaba de un sol plateado, cubierto por nubes de tormenta. En aquel momento apareció el emperador entre el teniente y las espadas de los soldados. Le acompañaban dos oficiales del estado mayor. El emperador se disponía a mirar con los prismáticos que le ofrecía uno de sus acompañantes. Trotta sabía bien lo que ello significaba: aun en el supuesto de que el enemigo se batiera en retirada, la retaguardia estaría, con toda seguridad, haciendo frente a los austríacos y quien la observase con unos prismáticos constituía un blanco sobre el que valía la pena hacer puntería. Y se trataba del joven emperador. A Trotta el corazón le dio un vuelco. Su cuerpo se estremeció, agitado por un escalofrío, ante el temor de que se produjera aquella catástrofe impensable, tremenda, que le aniquilaría, y también al regi-

miento, al ejército, al Estado, al mundo entero. Le temblaban las rodillas. Y el inveterado resentimiento de los oficiales subalternos en el frente respecto a los peces gordos del estado mayor, que no tienen ni idea de la dura realidad, obligaría al teniente a realizar aquella acción que iba a marcar su nombre, con sello indeleble, en los anales del regimiento. Agarró con ambas manos al emperador por los hombros para que se agachara, pero lo hizo con demasiada fuerza. El emperador cayó al suelo al instante. Los acompañantes se precipitaron sobre él. En aquel momento una bala atravesó el hombro izquierdo del teniente; la bala dirigida al corazón del emperador. Al levantarse éste, el teniente cayó desplomado. En todo el frente despertaba ahora el traqueteo confuso y desordenado de los fusiles bruscamente sacados de su sopor. Los oficiales del estado mayor solicitaban impacientes al emperador que se pusiera a cubierto, pero éste, consciente de su deber como emperador, se inclinó sobre el teniente, que yacía desvanecido en tierra, y le preguntó cómo se llamaba. Llegaron corriendo un médico del regimiento, un suboficial de sanidad y dos soldados con una camilla; avanzaban inclinados, escondiendo la cabeza. Los oficiales del estado mayor ordenaron el cuerpo a tierra al emperador y se tendieron ellos después. «¡Aquí está el teniente!», gritó el emperador al médico del regimiento que llegaba jadeando. El fuego cedía ya. Y mientras el alférez se ponía al frente de la sección y con voz clara anun-

ciaba «¡Ahora tomo yo el mando!», se levantaron el emperador Francisco José y sus acompañantes, el personal de sanidad colocó con cuidado al teniente sobre la camilla, y todos se retiraron en dirección al puesto de mando del regimiento; allí, en una tienda blanca como la nieve, estaba el puesto de socorro más próximo.

La clavícula izquierda de Trotta estaba destrozada. El proyectil, que había quedado clavado por debajo de la paletilla izquierda, fue extraído en presencia del jefe supremo de los ejércitos, produciendo rugidos salvajes en el herido, que ya había vuelto en sí, a causa del dolor. A las cuatro semanas, Trotta estaba curado. Al regresar a su guarnición en el sur de Hungría tenía el grado de capitán, la más alta condecoración, la orden de María Teresa, y el título de nobleza. De ahora en adelante iba a llamarse Joseph Trotta von Sipolje.

Trotta tenía la sensación de que había cambiado su propia vida por otra nueva, extraña, como recién fabricada. Cada noche después de acostarse y cada mañana al levantarse se repetía a sí mismo sus nuevos rango y dignidad; se miraba al espejo para convencerse de que su rostro seguía siendo el mismo de antes. Diríase que el capitán Trotta, ahora ennoblecido, no conseguía situarse entre las confianzas no siempre oportunas que se tomaban sus compañeros, para intentar superar la distancia que el destino había puesto repentinamente entre ellos y él, y sus propios y vanos esfuerzos por tratar a los de-

más con la llaneza de costumbre. Sentíase como condenado de por vida a avanzar sobre un suelo resbaladizo metido en unas botas que no eran las suyas, perseguido por el secreteo de los demás y siempre recibido con recelo. Su abuelo había sido un aldeano con poca tierra, y su padre, suboficial de cuentas y más tarde gendarme en los territorios fronterizos del sur del reino. Desde que había perdido un ojo en un enfrentamiento con contrabandistas bosnios vivía como inválido del ejército y guardián del parque del palacio de Laxenburg, daba de comer a los cisnes, recortaba los setos, en primavera protegía los codesos de los ladrones, más tarde los saúcos, y en las noches tibias ahuyentaba a los enamorados, que no tenían dónde ir, de los oscuros y acogedores bancos. El grado de simple teniente de infantería parecía natural y adecuado para el hijo de un suboficial. Pero el capitán, ennoblecido y condecorado, que se movía en la aureola extraña y casi misteriosa de la gracia imperial como en una nube dorada, se sentía ahora separado repentinamente de su propio padre, y el debido respeto y la estimación del joven hacia su progenitor parecían exigir una actitud distinta y una nueva forma en las relaciones entre padre e hijo. Hacía cinco años que el capitán no veía a su padre. Ahora bien, cada dos semanas, cuando el capitán entraba de guardia por el riguroso e inalterable turno, escribía una carta a su padre, sentado en el cuerpo de guardia, a la luz escasa y vacilante de la vela de servicio, después de

visitar los puestos, comprobar los relevos e inscribir en la columna de observaciones un enérgico y escueto «Sin novedad», que de entrada ya negaba incluso la mínima posibilidad de que pudieran producirse tales «novedades». Las cartas resultaban tan parecidas entre sí como los pases y los partes de oficio, escritas en papel con fibra de madera, en octavo, con el encabezamiento «Querido padre:» a la izquierda, a cuatro centímetros de distancia del margen superior y a dos del lateral. Empezaban con una breve nota acerca del buen estado de salud del remitente, continuaban expresando el deseo de que no fuera distinto el estado de salud del destinatario y terminaba, después de punto y aparte, en el extremo inferior derecho y en directa oposición con el encabezamiento, con aquella frase caligrafiada de: «Con el debido respeto, fidelidad y agradecimiento, vuestro hijo Joseph Trotta, teniente». Pero, ¿qué iba a suceder ahora?, especialmente dado que, a causa del ascenso, ya no estaba incluido en el turno inalterable de las guardias; ¿cómo iba a poder alterar las normas de las cartas, normas válidas para toda una vida de soldado?, ¿cómo iba a intercalar entre las frases, dictadas por las normas tradicionales, comunicaciones extraordinarias sobre esas circunstancias extraordinarias que él mismo no acababa de comprender? Aquella noche tranquila, cuando por primera vez después de su curación el capitán Trotta se sentó a la mesa, destrozada por las muescas y los cortes que los soldados habían hecho para ma-

tar el tedio, se dio cuenta de que sus esfuerzos por cumplir con el deber filial de la correspondencia no irían nunca más allá del «Querido padre:». Puso en el tintero la pluma inútil, deshabilitó la vela, como si esperase hallar inspiración en su luz sosegada, y se perdió lentamente en los recuerdos de la niñez, del pueblo, de su madre y de la academia militar. Observaba las sombras gigantescas que los pequeños objetos proyectaban sobre las blancas paredes desnudas, la línea brillante ligeramente curva del sable colgado de un gancho, junto a la puerta, y el oscuro tahalí metido en la guarnición. Escuchaba con atención la lluvia incesante que caía fuera y su tamborileo sobre el alféizar de la ventana recubierto de hojalata. Finalmente se puso en pie decidido a visitar a su padre a la semana siguiente, después de la audiencia de gracias con el emperador, ya concedida, a la que debería ir a los pocos días.

La audiencia con el emperador se celebró una semana después. Duró apenas diez minutos; diez minutos bajo la benevolencia imperial y en el curso de los cuales había que responder, en posición de firmes, a unas diez o doce preguntas, léidas de las actas, con un «¡Sí, majestad!» suave y decidido como una descarga de mosquetón. Inmediatamente después de la audiencia, Trotta fue en un coche de punto a visitar a su padre en Laxenburg. Encontró al viejo en la cocina de su alojamiento de servicio, en mangas de camisa, sentado a la mesa de madera desbastada, sin manteles, cubierta únicamente

con un pañuelo azul marino con doblete rojo, frente a una gran taza de café humeante y aromático. El nudoso bastón de madera de guindo, colgado del borde de la mesa, oscilaba lentamente. Una bolsa arrugada de cuero, repleta de tabaco, se abrió junto a la larga pipa de barro blanco, tostado, amarillento. Su color hacía juego con el enorme mostacho blanco del padre. El capitán Joseph Trotta von Sipolje surgía en la intimidad de esta casa, marcada por la estrechez y la sobriedad propias de un funcionario, como un dios militar: el barboquejo reluciente, charolado el casco brillante como un sol negro, botas de un lustre flamígero como un espejo, resplandecientes las espuelas, con dos tiras de botones dorados, que casi despedían chispas, en el uniforme, bendecido por el poder sobrenatural de la Orden de María Teresa. Así se hallaba el hijo ante el padre, el cual se irguió lentamente, como si quisiera compensar el resplandor del joven con la lentitud del saludo. El capitán Trotta besó la mano de su padre, y éste le estampó un beso en la frente y otro en la mejilla. El capitán se desabrochó parte de su gloria y tomó asiento.

—Te felicito —dijo el padre en un tono normal, en el rudo alemán de los eslavos del ejército.

Despedía las consonantes como una tormenta y cargaba el acento sobre las sílabas finales. Cinco años atrás había hablado con su hijo en esloveno, si bien el muchacho sólo comprendía cuatro palabras y no era capaz de pronunciar ni una sola en esta lengua.

Pero hoy al viejo le parecía que el uso de la lengua vernácula era una confianza que no podía tomarse frente al hijo, tan alejado de él por la mano del destino y del emperador. El hijo, por el contrario, esperaba que salieran de los labios del padre las primeras palabras en esloveno, como algo muy lejano e íntimo, como una tierra perdida.

—Te felicito, te felicito —repetía el gendarme con voz de trueno—. En mi tiempo las cosas no iban así. En mi tiempo las pasábamos canutas con Radetzky.

«No hay nada que hacer, esto se acabó», pensó el capitán Trotta. Su padre estaba separado de él por un pesado monte de grados militares.

—¿Queda todavía rakiya, padre? —preguntó para convencerse a sí mismo de que todavía quedaba algo común entre los dos.

Bebieron, brindaron, volvieron a beber, después de cada trago gemía el padre, se perdía en una tos inacabable, se ponía azulado, escupía, lentamente se sosegaba y empezaba a contar historias triviales de su época de soldado con el decidido propósito de restar importancia a los méritos y éxitos de su propio hijo. Finalmente, el capitán se levantó, besó la mano paterna, recibió los besos paternos en la frente y en la mejilla, se abrochó el sable, se puso el chaco y se fue, convencido de que era la última vez que veía a su padre en este mundo.

Y fue la última vez. El hijo escribió al padre las cartas de costumbre, sin que hubiera otra manifestación de las relaciones entre ambos. El capitán Trot-

ta había cortado el largo lazo de unión con sus antepasados eslavos campesinos. Con él se iniciaba un nuevo linaje. Pasaron los años, unos tras otros, como simétricas ruedas de paz. Trotta se casó, en consonancia con su rango, con la sobrina de su coronel, mujer que ya no se hallaba en la flor de la edad, rica en bienes, hija de un jefe de distrito en el oeste de Bohemia, que engendró un varón; Trotta gozó de la justa armonía que le proporcionaba su sana existencia militar en la pequeña guarnición donde servía; cada mañana iba a caballo al campo de instrucción, por la tarde jugaba al ajedrez con el notario en el café. Se fue acostumbrando a su cargo, a su situación, a su dignidad y a su fama. Poseía unas dotes militares de tipo medio, de las que daba pruebas medianas en las maniobras anuales, era un buen esposo, desconfiado con las mujeres, no frecuentaba el juego, era hosco pero justo en el servicio y enemigo acérrimo de cualquier mentira, de cualquier actitud poco varonil, de la posición cobarde de quien rehúye los compromisos, decididamente opuesto a la alabanza fácil y a toda especie de ambición. Era un hombre tan sencillo y de una actitud tan irreprochable como su propia hoja de servicios, y únicamente la ira, que a veces le dominaba, habría permitido apreciar, a quien conociera bien a los hombres, que también el alma del capitán Trotta estaba sumida en los abismos profundos donde duermen las tempestades y las voces desconocidas de los antepasados sin nombre.

El capitán Trotta no leía libros, y en el fondo sentía compasión por su hijo, que ya iba entrando en edad de habérselas con la tiza, la pizarra y el borrador, con el papel, la regla y las tablas de multiplicar, y al que ya esperaban los inevitables libros de lecturas. El capitán todavía estaba convencido de que su hijo sería también soldado. No era capaz de imaginar que a partir de entonces, y hasta que se extinguiera su linaje, los Trotta pudieran ejercer una profesión distinta de la de soldado. Si hubiese tenido dos, tres, cuatro hijos, todos esos hijos habrían sido soldados, pero su mujer, de salud delicada, necesitaba atención médica y tratamientos, y una gestación habría sido peligrosa para ella. Esto era lo que pensaba entonces el capitán Trotta. Se hablaba de una nueva guerra y él siempre estaba preparado. Casi estaba seguro de que iba a morir en campaña. Consideraba, con recia ingenuidad, que la muerte en el frente era una consecuencia necesaria de la gloria militar. Hasta el día en que tuvo entre sus manos el primer manual de lecturas de su hijo. Éste acababa de cumplir cinco años y, gracias a la ambición de la madre, gozaba prematuramente de la mano de un profesor particular, de los sinsabores de la escuela. El capitán tomó el libro con indolente curiosidad. Leyó los versos de la oración matutina; era la misma desde hacía muchos lustros, la recordaba bien. Leyó «Las cuatro estaciones», «El zorro y la liebre», «El rey de los animales». Miró en el índice y halló el título de un fragmento escogi-

do que parecía afectarle a él mismo, ya que se titulaba «Francisco José I en la batalla de Solferino». Leerlo y tener que sentarse fue todo uno. «En la batalla de Solferino —así se iniciaba el pasaje—, se encontró nuestro rey y emperador Francisco José I en grave peligro.» Trotta salía personalmente en la historia. ¡Pero qué transformado! «El monarca —continuaba la narración—, en el ardor de la lucha, había avanzado tanto hacia el frente que de repente se halló rodeado de jinetes enemigos. Y en tan apurada situación, un joven teniente corrió al galope en ayuda del emperador, montado en un sudoroso alazán y blandiendo el sable. ¡Ah! ¡La de golpes que asestó sobre las cabezas y los pescuezos del enemigo!» Y seguía: «Una lanza atravesó el pecho del joven héroe, pero la mayor parte de los enemigos ya habían sido puestos fuera de combate. Empuñando la daga, el joven e impávido monarca pudo hacer frente fácilmente a los ataques, cada vez más débiles, del enemigo. En aquella ocasión cayó prisionera toda la caballería enemiga. Al joven teniente, cuyo nombre era Joseph, señor de Trotta, le fue concedida la más alta condecoración que nuestra patria otorga a sus héroes: la Orden de María Teresa». El capitán Trotta se retiró con el libro de lecturas en la mano al vergel que había detrás de la casa, donde su mujer solía ocuparse en pequeñas labores en las tardes templadas, y le preguntó, pálidos los labios y con voz muy débil, si conocía aquella infame narración. Ella, sonriendo, le dijo que sí.

—¡Es una pura mentira! —exclamó el capitán y arrojó el libro sobre la tierra húmeda.

—Está escrito para niños —le indicó dulcemente su mujer.

El capitán le dio la espalda. Lo sacudía la cólera como la tempestad azota un minúsculo arbusto. Se marchó deprisa hacia la casa, el corazón le latía aceleradamente. Era la hora de la partida de ajedrez. Tomó el sable de la percha, se abrochó de un tirón el cinturón y salió a grandes pasos, violentos, de la casa. Quien lo viera pensaría que iba decidido a liquidar a un montón de enemigos. En el café jugó dos partidas sin decir palabra, con cuatro arrugas profundas en la frente pálida y estrecha bajo el pelo duro y corto. Después de un gesto desabrido hizo caer con la mano las piezas, que chocaron entre sí, y dijo a su compañero de juego:

—¡Necesito que me dé usted un consejo! —Siguió un silencio—. Se han burlado de mí —empezó a hablar y miró al frente, a los cristales relucientes de los lentes del notario y se dio cuenta, al cabo de un rato, de que le faltaban las palabras.

Pensó que hubiera debido llevar el libro de lecturas. Con ese odioso objeto entre manos le habría resultado mucho más fácil explicarse.

—¿Pero de qué burla está usted hablando? —le preguntó el notario.

—Yo jamás he servido en caballería. —El capitán Trotta pensó que era la mejor manera de empezar, si bien se daba cuenta de que de esa forma no

iban a comprenderle—. Y ahora se salen esos sinvergüenzas que redactan los libros de lecturas con que yo iba montado en un alazán, en un sudoroso alazán, eso escriben, y que me lancé al galope para salvar al monarca; sí, eso es lo que dicen.

El notario se hizo cargo del caso. También él conocía la historia por los libros de sus hijos.

—¡Pero usted exagera, señor capitán! —le dijo—. Piense que está escrito para niños.

Trotta le miró con sorpresa. En ese preciso momento tuvo la sensación de que todo el mundo se había confabulado contra él: los redactores de los libros de lecturas, el notario, su mujer, su hijo, el profesor que le daba clases.

—Todos los hechos históricos —decía el notario— se redactan de forma especial para los libros de lecturas en la escuela. Y en mi opinión está bien así. Los niños necesitan ejemplos que puedan comprender y que se les queden grabados. La verdad exacta, ya la sabrán más adelante.

—¡La cuenta, por favor! —exclamó indignado el capitán y se puso de pie.

Se marchó al cuartel, donde sorprendió al oficial de guardia, el teniente Amerling, con una señorita en las oficinas del suboficial de cuentas. Pasó control de los centinelas personalmente, hizo llamar al sargento primero y mandó al suboficial de guardia que se presentara para dar el parte, le ordenó que formara la compañía y que hicieran ejercicios con mosquetón en el patio del cuartel. Todos obedec-

cieron confusos y amedrentados. En cada sección faltaban unos cuantos soldados que no aparecían por ninguna parte. El capitán Trotta ordenó que se leyeran los nombres de los ausentes.

—Y mañana figurarán en el parte —le dijo al teniente.

Jadeando, los hombres hacían la instrucción con el mosquetón. Se oía el chasquido de los cerrojos, volaba el correaje, las manos ardientes pegaban palmadas sobre los fríos cañones metálicos y las culatas inmensas daban con un golpe seco en el suelo blando.

—¡Carguen! —mandó el capitán.

Y temblaba el aire con el estallido de las salvas.

—¡Que durante media hora practiquen el presenten armas! —mandaba el capitán.

Y a los diez minutos daba una contraorden:

—¡Que se arrodillen para la oración!

Escuchaba tranquilo el sordo choque de las rodillas duras sobre la tierra, la grava y la arena. Todavía era el capitán, señor de la compañía. Esos escritorzuelos sabrán cómo las gasta un capitán.

Aquel día no fue al casino, ni siquiera comió; se echó a dormir. Durmió con un sueño profundo, sin soñar. A la mañana siguiente, al dar el parte, comunicó con breves y sonoras palabras sus quejas al coronel. Éstas fueron transmitidas por el conducto oficial. Empezaba así el martirio del capitán Joseph Trotta, señor de Sipolje, el Caballero de la Verdad. Transcurrieron muchas semanas hasta llegar la res-

puesta del Ministerio de Guerra, en la que se indicaba que las quejas habían sido transmitidas al Ministerio de Educación. Y transcurrieron otras muchas semanas, hasta que un día llegó la respuesta del ministro. Ésta rezaba así:

Muy señor mío y de mi más digna consideración:

En respuesta a las quejas de Ud. en relación con la lectura número quince de los libros de lectura autorizados por este Ministerio según decreto del 21 de julio de 1864 para las escuelas nacionales austríacas, libros redactados y publicados por los profesores Weidner y Srdeny, se permite el señor ministro de Educación advertir a Ud., con el máximo respeto, que las lecturas de carácter histórico, en especial las que atañen a la persona del emperador Francisco José, así como también a otros miembros de la familia imperial, deben redactarse, por decreto del 21 de marzo de 1840, de forma adecuada a la capacidad de comprensión de los alumnos y en consonancia con los mejores procedimientos pedagógicos. La lectura número quince en cuestión fue sometida al control personal del propio señor ministro de Educación, y éste le dio el pláceme para su uso en las escuelas. La enseñanza, en sus más altos representantes y no menos en los más modestos, está interesada en presentar a los alumnos del reino los hechos heroicos de nuestros guerreros en forma acorde con el ca-

rácter infantil, la fantasía y los sentimientos patrióticos de las nuevas generaciones, sin atentar nunca a la verdad de los hechos descritos, pero utilizando un lenguaje familiar que incite la fantasía y los sentimientos patrióticos. En atención a estas y parecidas consideraciones, el que suscribe ruega a Ud., con el máximo respeto, que se digne retirar sus quejas.

El escrito estaba firmado por el ministro de Educación. El coronel se lo pasó a Trotta aconsejándole paternalmente que olvidara el asunto.

Trotta cogió el escrito y no dijo nada. Una semana más tarde solicitaba por el conducto oficial que le fuera concedida audiencia con el emperador. Y a las tres semanas se hallaba en palacio por la mañana, frente a frente del jefe supremo de los ejércitos.

—Vea usted, querido Trotta —dijo el emperador—, este asunto es muy desagradable. Pero, en fin, ninguno de los dos sale malparado. Olvídelo.

—Majestad —replicó el capitán—, es una mentira.

—Tantas mentiras se cuentan... —corroboró el emperador.

—Es que no puedo —dijo en un sofoco el capitán.

El emperador se le acercó. El monarca era apenas algo más alto que Trotta. Se miraron a los ojos.

—Mis ministros —empezó a hablar Francisco José— tienen que saber lo que se traen entre manos. Yo he de confiar en ellos. ¿Me comprende usted,

querido capitán Trotta? —Y al cabo de un rato añadió—: Lo arreglaremos. Ya verá usted.

Había terminado la audiencia. Su padre todavía vivía, pero Trotta no fue a Laxenburg. Volvió a su guarnición y solicitó la separación del servicio.

Se retiró con el grado de comandante. Pasó a residir en Bohemia, en la pequeña finca de su suegro. La gracia imperial no dejó de velar por él. Al cabo de unas semanas recibió la comunicación de que el emperador se había dignado conceder al hijo de su salvador una beca de estudios de cinco mil florines procedentes de su bolsillo particular. Se le anunciaba además la concesión del título de barón.

Joseph Trotta, barón de Sipolje, aceptó malhumorado los dones imperiales como si fueran una ofensa. La campaña contra los prusianos se hizo sin él y perdieron. Trotta estaba rencoroso. Ya empezaban a plateársele las sienes, su mirada perdía brillo, su paso se tornaba lento, pesada la mano, hablaba menos que antes. A pesar de hallarse en sus mejores años, parecía como si envejeciera pronto. Expulsado del paraíso de la fe sencilla en el emperador y en la virtud, en la verdad y en el derecho, se hallaba encadenado ahora al silencio y la resignación, por más que se diera cuenta de que la astucia asegura la continuidad en este mundo, la fuerza de las leyes y la fama de los monarcas. Gracias a los deseos del emperador, expresados en alguna ocasión, desapareció la lectura número quince de los libros de lectura para las escuelas del reino.

El nombre de Trotta perduró únicamente en los anales secretos del regimiento. El comandante siguió viviendo, portador desconocido de una fama tempranamente apagada, como la sombra fugitiva que proyecta un objeto, escondido en secreto, sobre el claro mundo de la vida. En la finca de su suegro manejaba la regadera y la podadera y, como su propio padre en el parque del palacio de Laxenburg, ahora el barón recortaba los setos y segaba el césped y protegía en primavera los codesos y más tarde los saúcos de los ladrones, quitaba los maderos podridos de la cerca y los sustituía por otros, nuevos y recién desbastados, reparaba las herramientas y los aparejos, embridaba y ponía personalmente la silla al bayo, arreglaba las cerraduras mohosas de las puertas y portales, ponía soportes de madera, tallados con paciencia y cuidado, entre los goznes cansados que se hundían, pasaba días enteros en el monte, cazaba conejos, liebres, perdices, pernoctaba en las viviendas de los guardabosques, cuidaba las gallinas, los abonos y la cosecha, las frutas y los espaldares, los mozos y el cochero. Tacaño y desconfiado, hacía él mismo las compras, sacaba monedas, con sus dedos largos y afinados, de una bolsa mugrienta de cuero que volvía a esconder en el pecho. Se convirtió en un simple campesino esloveno. A veces se sentía dominado por sus viejos arrebatos de ira que le agitaban como a un débil arbusto bajo una fuerte tempestad. Entonces golpeaba a los criados y los flancos de los caba-

llos, daba violentos portazos que saltaban las cerraduras que antes había arreglado, amenazaba a los jornaleros con pasarlos a cuchillo, y al mediodía, a la hora de comer, apartaba el plato con gesto maligno, ayunaba y refunfuñaba. A su lado vivían, en aposentos separados, su mujer, débil y enfermiza, su hijo, a quien su padre sólo veía durante las comidas y cuyas notas examinaba dos veces al año sin jamás manifestar palabra alguna de alabanza o crítica sobre ellas, y su suegro, que consumía alegre su pensión, gustaba de las mozas, se pasaba semanas enteras en la ciudad y temía a su yerno. El buen barón Trotta se había convertido en un pobre y viejo campesino esloveno. Seguía escribiendo dos veces al mes, bien entrada la noche, a la luz vacilante de una vela, una carta a su padre, en una hoja en octavo, amarillenta, encabezada a cuatro centímetros con un «Querido padre:». Raras veces recibía respuesta.

Verdad es que a veces el barón pensaba en visitar a su padre. Hacía tiempo que tenía deseos de ver al gendarme, percibir otra vez aquella estrechez y sobriedad que le rodeaba, oler el tabaco y beber rakiya. Pero el hijo temía los gastos que ello suponía, como también los habría temido su padre, su abuelo y su bisabuelo. Ahora se sentía más cerca del inválido de Laxenburg que años atrás, cuando se sentaba en la cocina, encalada en azul, de la pequeña vivienda estatal y bebía rakiya. De sus propios antepasados nunca hablaba con su mujer. Com-

prendía que la hija de una antigua familia de funcionarios se sentiría incómodamente orgullosa frente a un gendarme esloveno. Por lo tanto nunca invitó a su padre. Y un día claro de marzo marchaba el barón con paso firme sobre la tierra dura en dirección a la casa del administrador de la finca cuando un criado le entregó una carta de la administración del palacio de Laxenburg. El inválido había muerto. Había fallecido, sin dolor alguno, a la edad de ochenta y un años. El barón Trotta dijo únicamente:

—Vete a hablar con la señora baronesa. Que me haga la maleta, esta noche salgo para Viena.

Y siguió andando hasta la casa del administrador, preguntó por las simientes, habló del tiempo, ordenó encargar tres nuevos arados, que pasara también el veterinario el lunes y que la comadrona fuese aquel mismo día a ver a la moza que estaba encinta. Al despedirse dijo:

—Mi padre ha muerto. Estaré tres días en Viena.  
—Hizo un breve saludo con el dedo y se fue.

La maleta estaba a punto, engancharon los caballos al coche, había una hora de marcha hasta la estación. Se tomó rápidamente la sopa y comió la carne. Después dijo a su mujer:

—¡No puedo más! Mi padre era un buen hombre. Tú nunca lo has visto.

¿Evocaba así su recuerdo? ¿Era una queja?

—¡Tú te vienes conmigo! —dijo al hijo, que le miraba sorprendido.